

Guy de Maupassant

# Fuerte como la muerte



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

Título original: *Fort comme la mort*  
Traducción de Javier Albiñana

Primera edición: 2008  
Segunda edición: 2021

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth  
Diseño de cubierta: Manuel Estrada  
Fotografía de Javier Ayuso

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© de la traducción: Javier Albiñana, 2008  
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2008, 2021  
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15  
28027 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

ISBN: 978-84-1362-170-8  
Depósito legal: M. 310-2021  
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

9	Primera parte
11	Uno
57	Dos
78	Tres
120	Cuatro
135	Segunda parte
137	Uno
152	Dos
185	Tres
203	Cuatro
223	Cinco
253	Seis



# Primera parte



# Uno

Caía el día en el amplio taller a través de la claraboya abierta del techo. Era un gran cuadro de luz rutilante y azul, una abertura clara, por la que cruzaban, rápidas, bandadas de pájaros.

Pero no bien se penetraba en la alta y severa habitación adornada con tapices, la alegre claridad del cielo se atenuaba, suavizándose, se adormecía en las telas, iba a morir a las cortinas de las puertas, alumbraba apenas los rincones umbríos donde tan sólo los marcos dorados se encendían como fuegos. La paz y el sueño parecían apriisionados, la paz de las casas de los artistas en las que ha bregado el alma humana. En esas paredes en donde el pensamiento habita, bulle, se agota en violentos esfuerzos, parece como si todo quedase extenuado, abrumado, en cuanto amaina su actividad. Todo semeja muerto tras esos estallidos de vida; y todo descansa, los muebles, las telas, los grandes personajes inacabados en los lienzos,

como si la casa entera hubiese padecido la fatiga del maestro, hubiese sufrido con él, tomando parte, cada día, en su lucha siempre reentablada. Un vago y mareante olor a pintura, trementina y tabaco flotaba, absorbido por alfombras y sillones; y únicamente turbaban el pesado silencio los vivos y breves gritos de las golondrinas que cruzaban sobre la claraboya abierta, y el largo y confuso rumor de París que apenas se oía por encima de los tejados. Nada se movía salvo el intermitente subir de una nubecilla de humo azul que se elevaba hacia el techo a cada bocanada de cigarrillo que Olivier Bertin, tumbado en su sofá, exhalaba lentamente entre sus labios.

Perdida la mirada en el cielo lejano, buscaba un tema para un nuevo cuadro. ¿Qué iba a pintar? No tenía aún la menor idea. No era, además, un artista resuelto y seguro de sí mismo, sino un espíritu inquieto cuya indecisa inspiración vacilaba sin cesar entre todas las manifestaciones del arte. Rico, ilustre, en posesión de todos los honores, seguía siendo, en el declinar de su vida, el hombre que no sabe aún de fijo hacia qué ideal ha dirigido sus pasos. Había sido premio de Roma, defensor de las tradiciones, evocador, tras tantos otros, de las grandes escenas de la historia; más adelante, modernizando sus tendencias, había pintado a hombres vivos a través de recuerdos clásicos. Inteligente, entusiasta, trabajador tenaz de sueños versátiles, enamorado de un arte que dominaba a la perfección, había adquirido, merced a su fina inteligencia, óptimas calidades de ejecución y una gran vivacidad de talento nacida en parte de sus vacilaciones y de sus tentativas en todos los terrenos. Quizá el brusco entusiasmo de la gente por sus obras elegantes,

distinguidas y correctas ejerció alguna influencia en su temperamento impidiéndole ser lo que normalmente hubiera acabado siendo. Desde su éxito inicial, el afán de agradar lo turbaba siempre sin que él se percatara de ello, modificaba secretamente su conducta, atenuaba sus convicciones. Por lo demás, tal afán de agradar se manifestaba en él de todas las formas y había contribuido no poco a su gloria.

Su exquisito trato, todos los hábitos de su vida, la pulcritud de su persona, su antigua fama de fuerza y destreza, de espadachín y jinete, habían deparado a su popularidad creciente un séquito de pequeñas notoriedades. Después de *Cleopatra*, el cuadro que lo lanzara antaño a la fama, París se había prendado bruscamente de él, lo había adoptado, festejado, convirtiéndose de repente en uno de esos artistas mundanos con quienes es habitual toparse en el bosque de Boulogne, que los salones se disputan, y a quienes el Institut acoge en su seno en plena juventud. Había ingresado en él como un auténtico conquistador, con la aprobación de toda la ciudad.

Y así le había acompañado la fortuna hasta las puertas de la vejez, mirándolo y festejándolo.

Bajo la influencia del hermoso día que afuera se hallaba en su esplendor, buscaba, pues, un tema poético. Una pizca amodorrado por el cigarrillo y la comida, soñaba, con mirada ausente, esbozando en el azul del cielo rápidas figuras, airosas mujeres caminando por un sendero del bosque o por la acera de una calle, parejas de enamorados a orillas del agua, todas las galantes fantasías en que se complacía su pensamiento. Las cambiantes imágenes se dibujaban en el cielo, vagas y huidizas en la abi-

garrada alucinación de sus ojos; y las golondrinas que rayaban el espacio con vuelo incesante de flechas disparadas parecían querer borrarlas tachándolas como plumazos.

No se le ocurría nada. Todas las figuras entrevistas se asemejaban a algo que ya había dicho anteriormente, todas las mujeres vislumbradas eran hijas o hermanas de las que engendrara su capricho de artista; y el temor aún confuso, que le atormentaba desde hacía un año, a estar vacío, a haber apurado los temas, a haber agotado su inspiración, se precisaba ante aquel redesfilar de su obra, ante la impotencia de volver a soñar, de descubrir algo desconocido.

Se levantó perezosamente y fue a mirar si entre los proyectos abandonados en sus cartapacios encontraba algo que despertara una idea en él.

Sin dejar de echar humo, se puso a hojear los bocetos, los apuntes, los dibujos que guardaba en un pesado armario antiguo; luego, rápidamente asqueado de tan inútiles esfuerzos, con la mente dolorosamente extenuada, arrojó el cigarrillo, silbó una tonadilla en boga y, agachándose, recogió de debajo de una silla una voluminosa pesa que andaba tirada por allí.

Alzando con la otra mano una colgadura que disimulaba el espejo que le servía para verificar la precisión de las poses, comprobar las perspectivas, poner a prueba la verdad, y colocándose justo enfrente, se puso a hacer ejercicios al tiempo que se miraba en él.

Había sido famoso entre los pintores por su fuerza, y en sociedad por su apostura. La edad empezaba ya a pesar en él, abrumándolo. Alto, ancho de hombros, macizo de pecho, había echado barriga como los ex luchadores,

pese a seguir practicando la esgrima y la equitación con asiduidad. La cabeza seguía siendo extraordinaria, tan hermosa como antaño, aunque distinta. El cabello cano, tupido y corto, comunicaba vivacidad a sus ojos negros rematados por pobladas pestañas grises. Su recio bigote, un bigote de viejo soldado, se conservaba casi negro y confería a su rostro un insólito carácter de energía y arrogancia.

De pie frente al espejo, con los tacones pegados, el cuerpo erguido, hacía describir a las dos bolas de hierro una serie de movimientos ordenados, con su musculoso brazo, cuyo potente y tranquilo esfuerzo seguía con mirada complaciente.

Pero de súbito, en el fondo del espejo donde se reflejaba todo el estudio, vio moverse una cortina de la puerta, y apareció una cabeza de mujer, tan sólo una cabeza que miraba.

Una voz, tras él, preguntó:

—¿Hay alguien aquí?

—Presente —contestó volviéndose.

Y, arrojando la pesa a la alfombra, corrió hacia la puerta con agilidad un tanto forzada.

Entraba una mujer con un vestido claro. Se estrecharon la mano.

—Estabas practicando —dijo ella.

—Sí —replicó él—, estaba haciendo el pavo, y me he dejado pillar in fraganti.

Ella se echó a reír y replicó:

—No había nadie en la portería, y como sé que a esta hora estás solo, he entrado sin anunciarme.

Él la miraba.

–¡Diantre! ¡Qué guapa estás! ¡Qué elegancia!

–Sí, estreno vestido. ¿Te gusta?

–Precioso, muy entonado. Sí, la verdad es que hoy estás inspirada con los colores.

Daba vueltas a su alrededor, manoseaba la tela, modificaba con la punta de los dedos la disposición de los pliegues, en su condición de hombre tan entendido en trapos como un modisto, pues no en vano había dedicado durante toda su vida su pensamiento de artista y sus músculos de atleta a describir, con la fina barba de los pinceles, las modas cambiantes y delicadas, a revelar la gracia femenina encerrada y cautiva en armazones de terciopelo y de seda o bajo la nieve de los encajes.

Concluyó declarando:

–Muy logrado. Te sienta de maravilla.

Ella se dejaba admirar, contenta de estar guapa y de agradarle.

Ya no muy joven, pero aún hermosa, no muy alta, un poco metida en carnes, pero lozana con ese lustre que le da a la carne de cuarenta años un sabor de madurez, se asemejaba a una de esas rosas que se abren indefinidamente hasta que, demasiado floridas, caen en una hora.

Conservaba bajo sus rubios cabellos la gracia vivaracha y joven de esas parisienses que jamás envejecen, que llevan dentro una sorprendente fuerza vital, una inagotable reserva de resistencia, y que, durante veinte años, no cambian de imagen, indestructibles y triunfantes, cuidando de su cuerpo más que de nada y economizando su salud.

Alzó su velo y murmuró:

–Bueno, ¿es que no me vas a besar?

–He fumado –replicó él.

–¡Uff! –exclamó ella.

Pero añadió, tendiéndole los labios:

–Qué le vamos a hacer.

Y sus bocas se unieron.

Él le quitó la sombrilla y la desembarazó de su chaqueta primaveral, con movimientos rápidos y seguros a esa maniobra familiar. Cuando ella se hubo acomodado en el sofá, le preguntó con interés:

–¿Qué tal tu marido?

–Muy bien; en estos momentos debe de estar hablando en la Cámara.

–¡Ah! Y ¿de qué?

–Probablemente de las remolachas y los aceites de colza, como siempre.

Su marido, el conde de Guilleroy, diputado por el Eure, se había especializado en toda suerte de cuestiones agrícolas.

Pero, al ver en un rincón un boceto que no conocía, la dama cruzó el estudio, preguntando:

–¿Qué es eso?

–Un dibujo al pastel que estoy empezando, el retrato de la princesa de Pontève.

–Ya sabes –dijo ella gravemente– que como te pongas otra vez a hacer retratos de mujeres, te cierro el estudio. De sobra sé cómo acaba ese trabajo.

–Oh, no se tiene dos veces la oportunidad de hacer un retrato de Any.

–Eso espero.

Examinaba el boceto, advirtiéndose en sus gestos que era experta en cuestiones de arte. Se alejó, se acercó, hizo

pantalla con la mano, buscó el lugar desde donde el boceto quedaba mejor iluminado, y al fin se declaró satisfecha.

–Es estupendo. Se te da muy bien el pastel.

Él murmuró, halagado:

–¿Tú crees?

–Sí, es un arte delicado que requiere mucha distinción.

No está hecho para los artesanos de la pintura.

Desde hacía doce años, ella acentuaba su inclinación hacia el arte distinguido, combatía sus retornos hacia la simple realidad, y por consideraciones de elegancia mundana, lo incitaba tiernamente hacia un ideal de gracia una pizca amanerado y ficticio.

–¿Cómo es la princesa? –preguntó.

Hubo de darle mil detalles de toda suerte, esos pormenores minuciosos en los que se complace la curiosidad celosa y sutil de las mujeres, pasando de las observaciones sobre el vestir a las consideraciones sobre la persona.

–¿Es coqueta contigo? –preguntó bruscamente la condesa.

Él se echó a reír y juró que no.

Entonces, apoyando las dos manos en los hombros del pintor, le miró fijamente. El ardor de la interrogación hacía estremecerse la pupila redonda en medio del iris azul manchado de imperceptibles puntos negros como salpicaduras de tinta.

De nuevo murmuró:

–¿De verdad no es coqueta?

–De verdad.

–Entonces me quedo tranquila. Ahora sólo me querrás a mí. Se acabaron las demás mujeres. Ya es un poco tarde, pobre amigo mío.

A él le sacudió ese ligero y doloroso estremecimiento que araña el corazón de los hombres maduros cuando se alude a su edad, y murmuró:

—Hoy, mañana, como ayer, tú serás la única persona en mi vida, Any.

Ella lo tomó entonces por el brazo y, volviendo hacia el diván, lo hizo sentarse a su lado.

—¿En qué pensabas antes?

—En un tema para un cuadro.

—¿Cuál?

—No lo sé. Te digo que lo estaba buscando.

—¿Qué has hecho estos días?

Tuvo que contarle todas las visitas que había recibido, las cenas y las veladas, las conversaciones y los chismes. Bien es verdad que ambos se interesaban por todos esos fútiles y familiares eventos de la existencia mundana. Las pequeñas rivalidades, los amoríos conocidos o sospechados, los tópicos mil veces repetidos, mil veces oídos sobre las mismas personas, los mismos acontecimientos y las mismas opiniones, arrastraban y ahogaban sus mentes en ese turbio y agitado río que llaman la vida parisiense. Conociendo como conocían a todo el mundo, en todas las esferas sociales, él como artista que tenía todas las puertas abiertas, ella como mujer elegante de un diputado conservador, dominaban el deporte francés de la charla fina, trivial, amablemente malévola, inútilmente ingeniosa, vulgarmente distinguida, que confiere especial y envidiadísima notoriedad a quienes amoldan su lenguaje a ese parloteo murmurador.

—¿Cuándo vienes a cenar?

—Cuando quieras. Di tú el día.

—El viernes. He invitado a la duquesa de Mortemain, a los Corbelle y a Musadieu, para celebrar el regreso de mi hijita que llega esa misma noche. Pero no lo comentes. Es un secreto.

—¡Ah!, acepto encantado. Será un placer volver a ver a Annette. Tres años hace que no la veo.

—¡Es verdad! ¡Tres años!

Primero educada en París, Annette se había convertido en el último y apasionado cariño de su abuela, madame Paradin, quien, casi ciega, vivía todo el año en la propiedad de su yerno, la quinta de Roncières, en el Eure. Poco a poco, la anciana había ido quedándose más tiempo a la niña y, como los Guilleroy pasaban la mitad de su vida en aquella finca, llamados incesantemente por intereses de toda suerte, tanto agrícolas como electorales, habían acabado llevando sólo de vez en cuando a París a la niña, que prefería, por lo demás, la vida libre y movida del campo a la existencia enclaustrada de la ciudad.

En tres años, no había ido ni una sola vez, pues la condesa prefería mantenerla totalmente alejada de la urbe, a fin de no despertar en ella un cambio de gustos antes del día fijado para su presentación en sociedad. Madame de Guilleroy le había puesto allá dos institutrices cargadas de títulos, y multiplicaba los viajes junto a su madre y su hija. La estancia de Annette en la finca se había hecho, además, casi necesaria por la presencia de la anciana.

Tiempo atrás, Olivier Bertin iba cada año a pasar seis semanas o dos meses en Roncières; pero desde hacía tres años, el reuma le había obligado a desplazarse a lejanos balnearios, lo cual había avivado tanto su amor por París, que a su regreso no podía ya separarse de la ciudad.

En principio, la muchacha no hubiera debido regresar hasta el otoño, pero su padre había concebido de repente un proyecto de matrimonio para ella, y la había llamado a fin de que conociese inmediatamente al hombre que le tenía destinado como prometido, el marqués de Farandal. Tal proyecto habíase mantenido, por lo demás, muy en secreto, y únicamente Olivier Bertin lo había sabido confidencialmente de boca de madame de Guilleroy.

—Entonces, ¿es firme la decisión de tu marido? —preguntó.

—Sí, y creo que es una idea excelente.

Hablaron luego de otras cosas.

Ella volvió al tema de la pintura y quiso convencerlo de que hiciera un Cristo. Se resistía él, juzgando que había ya bastantes por el mundo; pero ella se empecinaba, obstinada, y se impacientaba.

—¡Ah!, si yo supiera dibujar, te mostraría lo que me ronda por la cabeza; sería algo nuevo, muy atrevido. Lo están bajando de la cruz y al hombre que le ha desatado las manos se le escurre el busto. Cristo cae y se desploma sobre la multitud que alza los brazos para recibirlo y sostenerlo. ¿Me comprendes?

Sí que la comprendía; incluso le parecía una concepción original, pero se aferraba a sus criterios de modernidad, y, contemplando a su amiga tumbada en el sofá, con un pie caído, calzado con un fino zapato que dejaba barruntar la carne a través de la media casi transparente, exclamó:

—Mira, atiende, eso es lo que hay que pintar, eso es la vida; ¡un pie de mujer sobresaliendo de un vestido! Todo puede ponerse ahí, verdad, deseo, poesía. No hay nada

tan gracioso ni tan bonito como un pie de mujer, con los misterios que entraña: ¡la pierna oculta, perdida y adivinada bajo la tela!

Sentándose a la turca, se apoderó del zapato; y el pie, sacado de su funda de cuero, se agitó cual animalillo inquieto, sorprendido de quedar en libertad.

Bertin repetía:

—¡Hay cosa tan fina, y distinguida, y material, más material que la mano! ¡Déjame ver tu mano, Any!

Ella llevaba guantes largos, de los que llegan hasta el codo. Para quitarse uno, lo cogió por el borde de arriba y lo hizo deslizarse bruscamente, volviéndolo como quien arranca una piel de serpiente. Apareció el brazo, pálido, rollizo, redondo, descubierto con tanta rapidez que despertó una idea de desnudez completa y atrevida.

Luego, alargó la mano dejándola pender de la muñeca. Las sortijas brillaban en sus dedos blancos; y las uñas rosas, afiladísimas, parecían amorosas garras crecidas en la punta de aquella encantadora patita de mujer.

Olivier Bertin la tocaba suavemente, admirándola. Hacía mover los dedos como juguetitos de carne, y decía:

—¡Qué curioso y simpático este menudo miembro, inteligente y hábil, capaz de hacer lo que sea, libros, encajes, casas, pirámides, locomotoras, pasteles, o de acariciar, lo que no deja de ser su mejor quehacer!

Iba quitando una a una las sortijas; y al caer la alianza, apenas un hilo de oro, murmuró sonriendo:

—La ley. Saludemos.

—¡Bobo! —dijo ella, un poco picada.

Él siempre había tenido un espíritu guasón, esa tendencia francesa que mezcla una apariencia de ironía con

los sentimientos más serios, y con frecuencia la entristecía inadvertidamente, sin saber captar las sutiles distinciones de las mujeres, sin discernir los límites de los compartimentos sagrados, como decía él. Cuando más se enfadaba ella era cuando le oía hablar con cierto tono de sorna desenfadada de sus relaciones, tan largas que, en su opinión, constituían el más hermoso ejemplo de amor del siglo diecinueve. Tras un silencio, preguntó:

—¿Nos llevarás a Annette y a mí a la inauguración?

—No faltaba más.

Le preguntó cuáles eran los mejores cuadros del salón que abría sus puertas quince días más tarde.

Pero, de repente, exclamó, inquieta quizá por alguna compra que había olvidado:

—Vamos, dámelo, que me voy.

Jugaba él, meditabundo, con el ligero zapato volviéndolo una y otra vez entre sus manos distraídas.

Se inclinó, besó el pie que parecía flotar entre el vestido y la alfombra y que ya no rebullía, destemplado por el aire, y lo calzó. Madame de Guilleroy, puesta en pie, se dirigió hacia la mesa donde se apilaban papeles, cartas abiertas, antiguas y recientes, junto a un tintero de pintar cuya tinta se había secado. Miraba con ojos curiosos, tocaba las hojas, las alzaba para mirar debajo.

Él dijo acercándose:

—Vas a desordenarme mi desorden.

—¿Quién es ese señor que quiere comprar tus *Bañistas*?

—preguntó ella sin contestar.

—Un americano al que no conozco.

—¿Has llegado a un acuerdo con *La cantante callejera*?

—Sí. Diez mil.

–Bien hecho. Era gracioso, pero no excepcional. Adiós, cariño.

Le tendió la mejilla, que él rozó con un apacible beso; y vio cómo desaparecía tras la cortina de la puerta después de pronunciar a media voz:

–El viernes, a las ocho. No quiero que me acompañes a la puerta. De sobra lo sabes. Adiós.

Cuando ella se hubo marchado, Bertin encendió un cigarrillo y se puso a caminar lentamente a lo largo y a lo ancho del estudio. Desfilaba ante él todo el pasado de sus largas relaciones. Recordaba lejanos pormenores desaparecidos, los buscaba encadenando unos con otros, se dejaba cautivar él solo por aquella caza de recuerdos.

Era el momento en que acababa de alzarse como un astro en el horizonte del París artístico, cuando los pintores acapararon todo el favor del público y poblaban un barrio de magníficos palacios ganados con unas cuantas pinceladas.

Tras su regreso de Roma en 1864, Bertin había vivido unos años sin cosechar éxito ni renombre alguno. Luego, de repente, en 1868, expuso su *Cleopatra* y en cosa de pocos días crítica y público lo pusieron por las nubes.

En 1872, después de la guerra, después de que la muerte de Henri Regnault supusiera para todos sus colegas una especie de pedestal de gloria, una *Yocasta*, tema muy atrevido, situó a Bertin entre los audaces, toda vez que su ejecución moderadamente original le granjeó también los elogios de los académicos. En 1873, una medalla de honor galardonó su *Judía de Argel*, que presentó al regresar de un viaje por África; y un retrato de la princesa Salia, en 1874, lo hizo conceptuar, entre el mundo

elegante, como el primer retratista de su época. A partir de aquel día, pasó a ser el pintor mimado de la parisiense y de las parisenses, el intérprete más hábil e ingenioso de su seducción, de su porte, de su temperamento. En pocos meses, todas las mujeres conocidas de París solicitaron el favor de ser reproducidas por él. Se mostró exigente y subió mucho su cotización.

Como estaba de moda y hacía visitas como cualquier hombre de mundo, divisó un día, en casa de la duquesa de Mortemain, a una joven de luto riguroso, que salía al entrar él, y cuya aparición en el umbral de la puerta lo dejó fascinado por su gracia y elegancia.

Se informó y supo que era la condesa de Guilleroy, esposa de un hidalgo normando, agrónomo y diputado, que llevaba luto por el padre de su marido y que era inteligente, admiradísima y muy solicitada.

De inmediato exclamó, emocionado aún por aquella aparición que había seducido sus ojos de artista:

—¡Ah, me encantaría retratarla!

A la mañana siguiente, la frase le fue repetida a la joven, y, aquella misma noche, él recibió una esquila teñida de azul, muy vagamente perfumada, con letra fina y regular, que trepaba una pizca de izquierda a derecha, y que decía:

«Caballero:

»La duquesa de Mortemain, que sale en este momento de mi casa, me asegura que estaría usted dispuesto a hacer con mi pobre cara una de sus obras maestras. Se la confiaría gustosísima si tuviera la certeza de que no ha